

y enciende todo el Irán, está inspirada en la vivificadora luz. Los genios del bien y del mal empeñan en sus páginas un combate que puede llamarse ideal de la conquista y teología de la guerra. Mas para que todo resulte con una grande consonancia entre lo material y lo intelectual, este libro, de un lado henchido como el Corán por guerrero espíritu, resulta de otro lado el código rural de los labradores pacíficos, y si en ciertas de sus páginas mueve á verter la sangre roja y encendida, en otras de sus páginas adora el agua, tan amada por aquellos terrones sedientos y le ofrece un verdadero culto.

Entre todas las religiones asiáticas, fuera de la judía, es indudablemente la religión de Zoroastro aquella que más se determina por la idea del bien, y donde mayor parte indudablemente aquista y toma la moral. Por eso hanla llamado con fundamento religión de la luz por el principio que adora, y religión de la libertad por el fin á que tiende. Bien al revés de los dogmas budhistas, fundados en el pesimismo, el Zenda persa está fundado en el optimismo. El bien es la sustancia de todas las cosas. La negación del bien, ó sea el mal, está fuera de las cosas mismas. En el dualismo persa combaten los bienes con los males, pero defendiéndose á una con todas sus fuerzas aquéllos y soterrando muchas veces bajo su inmensa pesadumbre á éstos.

La luz resulta la primera y necesaria manifestación de todas las cosas. Todo es luz, hasta en el seno de las tinieblas mismas. Quien adora la luz eterna, impalpable, infinita, universal, adora indudablemente algo que se acerca mucho á Dios. El bien y la luz se identifican en la religión de Zoroastro como la celeridad del pensamiento y la celeridad del éter se identifican casi en las realidades vivientes. Mas no puede negarse que hay oscuridad, y que la oscuridad combate á la luz. De aquí el dualismo, de aquí la oposición, de aquí la guerra. Pero así como siempre vence á las tinieblas la luz, siempre vence al mal el bien. El fuego creador es como el espíritu universal en la religión de Zoroastro. Ormuzd aparece la personificación viva de tan sublime ejercicio. Arhman es el principio del mal, el principio de las tinieblas; ambos combaten, y por eso puede llamarse á esta religión, cual ya hemos dicho, la teología de la guerra.

La idea teológica del bien debía trascender al primero de los santuarios donde se adora el bien, debía trascender al hogar é ingerirse como indispensable levadura en la familia. Ya lo hemos dicho muchas veces; los arios, sean iranos, sean indios, sean helenos, sean latinos, profesan á la familia un culto muy diverso del culto que le profesan los semitas. Esencialmente ario Zoroastro debía

fundar una familia muy fuerte y muy unida. El padre dispone de la hija, la entrega por su voluntad al novio, pero adornada con toda clase de joyas y sin decirle una palabra de la dote. La fórmula del matrimonio resulta de una primitiva sencillez, ateniéndose á palabras casi monosílabas que son las más irrevocables. El novio pregunta con dulce interrogación al padre de la novia si quiere darle aquella virgen, su regocijo, el regocijo de los cielos y de la tierra, para formar con ella un cuerpo y un alma, compartiendo el gobierno de la casa. Entonces el mobed pronuncia una oración epitalámica ó nupcial, verdaderamente pura, en la que incita los novios á practicar todos los bienes y desasirse de todos los males, huir de la cólera, de la violencia, del orgullo, de la vanidad y de la envidia, corrigiendo á sus enemigos, amando á sus amigos, para convertirse, después de haber ejercitado en el mundo todas las virtudes, hacia el cielo, y recibir de allí un beso inmortal que divinice, transformándolo, al hombre, y le abra los horizontes de la eternidad. La mujer para Zoroastro aparece como la compañera inseparable del marido, y comparte su propia dignidad. El amor no puede santificarse para Zoroastro sino en el matrimonio. Y los mayores castigos infligen sus leyes á quienes intentan satisfacerlo fuera de tan perfecta y necesaria sociedad.

A pesar de todo esto, veremos en el sacro libro de la reina Esther la poligamia en favor y el rey Asuero en harén. Mas esto debe atribuirse, primero, á perversiones llevadas por todos los sacerdocios á todos los cultos; segundo, á la naturaleza corruptora y sensual de todo imperio; tercero, al contacto de aquellos iraníes con los principados circunvecinos que pervirtieron mucho sus costumbres.

Dadas tales nociones capitalísimas respecto á la religión persa, digamos cómo había degenerado ésta mucho en tiempo de nuestra historia por los males que lleva consigo el despotismo. Para gozar de la paz rural y para obtener el cultivo seguro, necesitaban los reyes antiguos dilatar sus conquistas por todas las fronteras y tener con mayor cuidado en obediencia y en respeto á todos los circunvecinos. Los reyes desgraciados, á quienes una grande adversidad perseguía, conservaban mejor la parte moral de la vida que los reyes felices y descansados en brazos de una paz profunda. En cuanto salían de la guerra y llegaban á encerrarse dentro de su palacio, lo ardiente del clima y lo sensual de la sangre les incitaba vivamente al placer, y consumían los ocios naturales á un estado feliz en holgorios y goces perpetuos. Aquellos palacios de los déspotas persas parecían, como los palacios de los déspotas asirios y egipcios, verdaderas ciudades.

Las ruinas de Persépolis, habitadas hoy por el kurdo y por el turcomán, que abre cavernas en sus dispersos fragmentos, parecen cordilleras de grises mármoles, cortadas en espacioso anfiteatro, á guisa de cuenca ú hoya natural. Sobrepuestas las moles unas á otras, diríais que las habían subido á las alturas ciegas fuerzas de la naturaleza y no el trabajo y la industria nuestra, pues parecen verdaderos montes caídos en masas enormísimas desde lo alto unos sobre otros. Por sus rampas pueden subir legiones de jinetes. Por sus escalones pueden diez visitantes ir en fila. Algunas de las pilastras, aun erguidas hoy, parecen pertenecer por su grosor y por su enormidad á otro planeta, y os impresionan como los montes de la blanca luna vistos por los lentes del escudriñador telescopio. Alternan las columnas cilíndricas con las pilastras cuadradas como en los edificios asirios, y sobre sus estrías, en el superior friso, álzanse cabezas dobles de animales fantásticos, reunidas por sus sendas nuca. Aquellos peristilos inacabables, aquellas terrazas dispuestas á recibir jardines aéreos y colgantes, aquellos coros de gigantescas esfinges puestos en procesión á uno y otro lado, aquellos frescos representativos de combates con animales simbólicos, aquellas inmensas cámaras apercebidas para las asambleas y para los festines, los lotos que todo lo

adornan, los sacerdotes alados llevando candelabros de fuego sacro en sus cabezas unguidas, las miniaturas, las incrustaciones, las riquezas varias, daban á tales palacios asiáticos todo ese lujo del Oriente que ha pasado á proverbio en las lenguas y que representa hoy en el concepto nuestro uno de los caracteres más sobresalientes y más propios del Asia.

En tales palacios comienza el histórico libro de la reina Esther. Corría el tercer año de su reinado, y Asuero lo celebraba con fiestas inenarrables. Todos los príncipes de Persia y Media, esparcidos en las satrapías imperiales, todos acudieron á la cita y se asentaron á la mesa. No lo creeríamos si tantos otros testimonios fehacientes no contarán cómo se sucedían unas á otras estas festividades en aquellos días, interrumpiéndolas tan sólo el tiempo concedido al sueño y al descanso. Ciento ochenta días seguidos duró el banquete. Cumplidos estos ciento ochenta días abrióse otra comida para el pueblo de Susa, capitalidad vastísima de Persia, la cual comida duró siete días. Presencióla el rey Asuero desde alto trono, sito bajo un solio, si queréis pabellón, blanco, verde y cárdeno, pendiente de cuerdas urdidas con lino y púrpura, entrelazadas por sortijas de plata y oro. Las columnas de alabastro tenían por chapiteles preciosos metales;

el reclinatorio regio estaba forjado en oro puro y aparecía erguido sobre pavimento de pórfido incrustado con jacintos y otras piedras preciosas. Platos enormes, conducidos por siervos envueltos en túnicas multicolores, iban de un lado á otro, y vasos de oro, sembrados de pedrería, rebosaban vinos bien olientes. El rey no puso tasa ni en el comer, ni en el beber, ni en el regalarse, y cada cual hizo aquello que le plugo al són de innumerables sinfonías y á la vista de danzas deleitosas. En otras alas del palacio, la reina, llamada Masthi por el historiador sagrado, celebraba banquetes con sus mujeres y mantenía el universal regocijo. Pero las relaciones entre ambos cónyuges no debían tener una estrecha cordialidad, cuando á un mandato del rey disponiendo que se presentase la reina en su festín vestida con sus arreos regios y coronada con su espléndida diadema, ella se resistió, sin que nos diga el historiador la causa justificativa de su resistencia. En verdad, no pecaría de lince quien desconociera que sólo por achaques de celos femeniles podía explicarse tal negativa de la reina, pues allí donde no se constreñía de modo alguno á nadie, como hemos visto anteriormente, constreñíanla con imperio á ella, mandándole que se presentara donde no quería presentarse. Indudablemente la reina debía en aquella sazón hallarse muy herida

por ciertas preferencias del esposo y resuelta en su interior á no autorizarlas con su consentimiento. Mas Asuero sometió el caso á juicio de los suyos, á juicio de tanto magnate, de tanto sátrapa, de tanto cortesano como allí había, los cuales convinieron en calificar de odioso ejemplo, muy atentatorio á las costumbres públicas y á la santidad tradicional del matrimonio iranio aquella desobediencia. Mas la hicieron saber á todas las provincias, conjurándolas para que no se permitiese por ningún motivo en ellas tal flojedad de los lazos matrimoniales, y todas las mujeres honraran por igual, en obediencia de leyes y costumbres antiguas, á sus respectivos esposos.

Precisaba remediar el mal y traer al regio palacio una compañera digna del rey. Según los ritos iranos no podía el monarca unirse de ningún modo en matrimonio sino con una virgen purísima. Pregonóse por todo el imperio cómo el rey acababa de repudiar á su esposa por inobediente y había menester una doncella con quien vivir en compañía que le asegurase más y más la numerosa indispensable descendencia. Llegaron en legiones las muchachas nubles al palacio regio, y expuestas en aquellos patios inmensos, á la sombra de aquellos toldos brillantísimos, el rey se fijó en la hermosa Esther. Joven, muy joven ésta en tal sazón, debía

exentarse del tributo común que á la crasitud excesiva suelen pagar, entradas en años, todas las mujeres orientales, y con especialidad las mujeres judías. Pero aparte tal defecto, que suele venir con la edad, y del cual toda florida juventud suele con frecuencia exentarse, reluciría Esther entre aquellas mujeres con brillo singularísimo, como de pura familia semítica. En la mezcla de razas que sus conquistas habían llevado al Irán, donde se confundía muchas veces el negro con el amarillo, y donde se topaban por doquier monstruosas amalgamas de razas sobrepuestas, una mujer típica, de origen puro semítico, debía fijar las miradas del rey, sobresaliendo entre las tártaras, de ojos fijos, las kusitas demasiado fuertes para su sexo, las arias más graciosas que bellas, las negras más lúbricas que agradables, y hasta las mismas circasianas de tan universal y repetido renombre. El tipo femenino judío, con sus formas un tanto redondeadas, solía contrastar tal defecto por tres ó cuatro calidades atractivas y sobresalientes, por la color morena, por los ojos profundos, por las cejas espesísimas y arqueadas, por los labios rojos, por los dientes blancos, por el seno esférico, por la cabeza completamente armoniosa, por las largas y sedosísimas trenzas que le caían hasta los talones y que la realzaban con realce verdadero.

Asuero eligió á Esther, cuya belleza resaltaba sobre todo cuanto la circuía. Una vez decidido por ella pronunció las fórmulas propias de tales decisiones y atrajo sobre su frente la bendición de aquel Dios de la luz, á quien prestaba en sus templos religioso acatamiento. Por una particularidad muy especial ignoraba completamente Asuero á qué familia de pueblos pertenecía la doncella purísima que acababa de cautivar y rendir su duro corazón. Hija de los hebreos, su padre y su madre habían muerto en las tristes asperidades y dolores del viejo cautiverio. Un primo suyo, denominado Mardoqueo, adoptóla por hija, y la educó en el respeto á las viejas tradiciones patrias. Pero este Mardoqueo, sagacísimo como todos los suyos, propenso á la simulación, diestro en maniobras políticas, muy aguzado de sentido, como suelen todos los siervos en todas las servidumbres, díjole á su afortunada prima que disimulara su origen, y, si fuera preciso, callarlo, para que Asuero no pudiera saberlo sino á la hora conveniente y á fines prósperos, según lo necesitase la tribu en donde aquella singular mujer había nacido. Los críticos de nuestro tiempo, que no creen deber exentar los trabajos bíblicos á la jurisdicción soberana de su criterio, extrañan mucho el que Mardoqueo callase así el origen de su Esther y tan por completo lo

ignorase Asuero. «¿Pues qué—dicen—podían ocultarse allí tan fácilmente los orígenes de cada individuo y familia? ¿Podía un rey de Persia, conquistador, desconocer hasta un extremo tal, así las razas sumisas como las razas hostiles? ¿No había censos, no había clasificaciones allí donde la capitación solía estar en uso y donde se contaban desde los ganados hasta las tribus?» Cuando las supersticiones de casta, origen, raza, familia, sangre, religión, prevalecían con tanta fuerza, no parece creíble, no, esa especie de ignorancia extrema en un rey, que le llevaba por camino tan extraño como sustituir una reina que le acompañara en el tálamo y en el trono con una doncella, hermosísima sí, pero de origen ignorado y misterioso. La observación parécenos fundadísima, pero los textos son claros, y hay que atenerse á ellos cuando se quiere pintar á Esther tal como nos la transmitieran la tradición y la historia.

Merecen conocerse las particularidades contadas en los libros santos sobre la representación de todas estas mujeres al rey su señor. En cuanto el rescripto llamándolas hubo de divulgarse, congregáronse las jóvenes y se hizo de ellas lo que ahora llamamos en lengua científica moderna una selección. Escogidas las mejores, guardáronlas en real sitio destinado á las mujeres bajo la custodia del

eunuco Hegai. Seductora de suyo Esther, comprendió cómo necesitaba en aquella muchedumbre de oficiales y guardas que poblaban los viejos palacios asiáticos ganarse la voluntad íntima del más poderoso é influyente, y no perdonó medio de captar á Hegai, el cual distinguióla desde los primeros momentos y la reservó para su rey, indudablemente por haber ya notado en éste soberanas é incontrastables propensiones. Tanto le plugo la moza que recluyóla en lo más selecto del harén, y allí la tuvo rodeada convenientemente por siete doncellas adscritas al palacio real. Después que las mujeres habían recibido lo que llamaban sus atavíos, y estaban varios meses puliéndose con aceites, untándose con mirra para bien adobarse y hacerse así atractivas al regio gusto, pasaban de su harén ó sitio reservado para las mujeres al sitio propio del monarca. Y con el monarca pasaban una noche. Si éste había fijado su voluntad en ellas, quedaban de concubinas, y si no había fijado su voluntad en ellas quedaban como inválidas, encerradas en una especie de claustración tristísima, como ahora llamamos á los encierros irredimibles. Pero si alguna de aquellas jóvenes lograba fijar por completo el regio pensamiento y el soberano deseo de su monarca, y éste la distinguía entre todas y la juntaba consigo, viviendo en su compañía y designándola

como su mujer predilecta, le ceñía corona de reina y asociábala de grado á su altísimo trono. Confusa, muy confusamente, nos dice la Biblia ciertas cosas, pero descúbrese con toda claridad en su contexto que la doncella Esther no libró su fortuna tan sólo á sus gracias, sino que la fió muchísimo al consejo y advertencia de los eunucos.

Bien es verdad que Mardoqueo, su pariente, se desvivía en la obra de acreditarla y ponerla sobre la voluntad altísima del rey. Desde que pasó Esther al imperial harén, ya que no pudo hacer otra cosa, vigiló sus cercanías para enterarse de su estado y saber cómo el destino prosperaba la suerte de aquella mujer, á la cual había ligado, no solamente la propia suerte, sino la suerte de su pueblo. Había tantas veces la belleza material de sus mujeres válidos ventajas á los judíos, que no debe parecernos mucho si en aquellas circunstancias libraba también otro auxilio en la repetición de iguales influencias. Lo cierto es que, atento siempre á su idea, en ella fijo, visitador incansable de aquellos alrededores que al palacio circufan, especie de vigilante ó centinela, ya para saber noticias de su protegida, ya para saber las fases porque pasaba el ánimo de Asuero, pudo prestarle á éste un gran servicio, sorprendiendo y delatando una conjuración de terribles y poderosos eunucos. En los

palacios orientales menudeaban mucho las conjuraciones políticas. Cualquier intrigante urdía una trampa, en la cual cazaba con grande facilidad á un descuidado monarca. Como la oposición está de tal modo en el sér y en el existir nuestro, cuando no halla ningún otro vado toma el de las conjuraciones palaciegas y fía frecuentemente al puñal y al veneno aquellos cambios que los pueblos libres fían al verbo y al derecho. Mardoqueo sorprendió la conjuración, y al día siguiente los eunucos fautores del crimen aparecieron colgados en las puertas del palacio que habían querido perturbar y á la vista del rey que habían querido destruir. Así ganaba el albedrío de Asuero, no tanto para Esther como para su religión y para su tribu.

La cautividad histórica de Israel en Nínive, Susa, Babilonia, aparece desde luégo al resplandor de los principios filosóficos modernos una de las mayores enseñanzas y de las más provechosas que guarda la historia humana en sus instructivos anales. Mientras Israel se mantuvo dentro de aquella liga republicana que Moisés le diera, gobernado por jefes de su elección, dispuesto en familias unidas por lazos federativos, juzgado por jueces que salían del propio seno popular, regido sabiamente bajo leyes en consonancia completa con su compleción y derivadas inmediatamente de] la natura-